

no les impedían cumplir sus deberes profesionales, y de que, recíprocamente, no hallaban en ellos obstáculo alguno á las prácticas más sublimes de la oración.

Siempre creemos que nos es imposible ser completamente buenos, porque no tenemos tiempo suficiente para orar. Y cuando nos engolfamos en oraciones, no parece sino que estamos más alejados de Dios que durante nuestro trabajo. En cambio, para los santos, el lugar, el tiempo y las ocupaciones importaban poco, porque en todas partes hallaban á Dios en ellos, y en Él realizaban todas sus acciones.

Con frecuencia las obras más meritorias, los coloquios más familiares con Dios, las más sublimes comunicaciones del Espíritu Santo han tenido lugar en la cocina, en el establo, en la escalera, subiendo agua, guardando ganado.

Ora la bienaventurada Ida de Lovaina partiese leña en la leñera, ora lavase ropa en el estanque, nada le impedía amar á Dios. Siempre consideraba á su alma como un templo gigantesco en el que habitaba Dios. Decorábanlo espléndidos ornamentos, cirios ardían constantemente en él, ascendía en él el incienso en nubes olorosas, y los ángeles aparecían ordenados en dos largas filas hasta el altar de su corazón. Sobre este altar manteníase en pie el Sacerdote Eterno, el Unigénito de Dios, el Salvador y Redentor, Jesucristo mismo, ofreciendo en sacrificio al Padre Celestial la acción que ella realizaba en aquel momento con fidelidad y humildad. <sup>(1)</sup>

**14. La vida de los santos es siempre fructuosa.**— No hay que asombrarse, pues, de que la vida de los santos y de todos los verdaderos servidores de Dios sea eternamente fecunda.

Plantados al borde de la límpida corriente de la gracia, verdean y crecen sin cesar, porque la savia que los alimenta son los dones del Espíritu Santo que vive en sus corazones. De aquí que estén siempre cubiertos de verdes hojas y de frutos de exquisita frescura. Ahora bien, y co-

(1) Hugo, *Vita B. Idae Lovan.*, 1, 7, 34.

mo lo dice la Escritura, los frutos son alimento delicioso, y medicina saludable las hojas. <sup>(1)</sup> Poco les importa cosechar frutos para ellos ó para los demás, públicamente ó en secreto. De este modo saben sacar provecho de todas las situaciones en que se les coloca, de cada cargo que se les confía. Su única preocupación consiste en agradar á Aquél á quien se han consagrado. <sup>(2)</sup> Y en cambio, les da dones sin medida, por cuanto ellos proceden también así con Él.

Esta es la razón por la cual se centuplican sus frutos, sin que piensen en ello, y, á menudo, sin que lo sepan. Podría empleárseles en todo, y así se ha hecho. En todas partes fueron útiles, en todas partes excitaron la admiración y dejaron impresiones y recuerdos imposibles de sustituir.

Ahora bien, si lograron todo esto, debieronlo únicamente al cuidado que pusieron en vivir de la vida interior, esta vida que ordinariamente se considera tan inútil. Sólo buscaron el reino de Dios y su justicia; halláronlos, y el resto les fué dado por añadidura.

Perfectamente expresa un poeta esta verdad fundamental de la perfección cristiana, en las siguientes palabras que consagra á Santa Isabel:

«De tal modo son numerosas las obras de caridad practicadas por esta sierva del Señor, que preciso sería renunciar á enumerarlas todas. Imitaba á Marta y se entregaba con asiduidad al consuelo de todas las miserias. Como María, engolfábase en la contemplación que constituía todas sus delicias. Así vivía, y sus trabajos no la fatigaban. La gracia inundaba su corazón, hasta el punto de que, al salir de la oración, resplandecía su rostro como iluminado por divino fuego. Pero si se complacía en orar, mostrábase también llena de celo para llevar á cabo sus obras exteriores, encarnando de este modo en ella la vida de las dos hermanas». <sup>(3)</sup>

(1) Psalm. I, 3. Ez., XLVII, 12.

(2) II Tim., II, 4.

(3) *Passional* (Kœpke), 624, 83 y sig.